

homenajes de todos en pintorescos términos, que mezclaban la religión con el amor, los ángeles del cielo con los dioses de la mitología, los conceptos platónicos con las gracias epicúreas, los pensamientos elocuentísimos con los dicharachos plebeyos, despertando á cada palabra una salva de aplausos y una sacudida de carcajadas, hasta merecer por voto de los presentes el codiciado título de orador en la boda. Y efectivamente, para que la dejasen paso no valieron súplicas ni amenazas, pues cada vez agravaban más el obstáculo con montones de ramilletes y cruzamientos de cintas, y teniendo que apelar los directores de la comitiva al regalo de una pulsera desceñida del propio brazo de la desposada y al juramento de dejar conducir á esta desde allí al pie de los altares por quien pronunciara tan admirado y admirable discurso. Desde tal punto hasta la Iglesia ni un solo instante se interrumpió la ovación de la multitud: aquí lluvias de flores caídas desde las angostas y severas ventanas; allá granizadas de confites envueltos en papeles de colores que ostentaban manuscritas varias sentencias de amor; más lejos aves puestas en libertad, ceñidas de multicolores lazos que parecían gallardetes alados y que llenaban los aires con los ayes y gorgoros de su delirante alegría. Al llegar cerca ya de San Giovanni, junto á la lógia Bigallo, bajo cuyos arcos góticos aguardaban algunos magistrados con ropajes de terciopelo y grana, los atambores y trompetas de la Señoría lanzaron á los aires en unisono acorde estruendosa sonata, á la cual se unió el bramido de la muchedumbre, solemne y ruidosísimo, cual los bramidos del mar. Eran de ver las cornetas con sus paños de lana blanca, sobre la cual lucía la flor de lis roja, y los domésticos de las dos casas, vestidos á cual más lujosamente, llevando en sus manos platos de oro cincelados, azafates de plata esmaltada, jarrones en cuyas curvas brillaban las guirnaldas y las aves y los mascarones y los faunos y los genios del deslumbrador Renacimiento. Desde la lógia de Bigallo, uno de los más bellos monumentos góticos que la Edad Media ha levantado en Florencia, hasta la puerta de San Giovanni, por toda la calle de Spadai, columnas de madera multicolores, muchas de ellas plateadas y doradas adrede, ostentando ora coronas, ora banderolas, ora motes y versos de amor, erigidas en una noche para ser depuestas á la noche siguiente, con el destino y el encargo de sostener toldos y velámenes rojos y blancos, que al par defendían del sol y daban á los personajes y á los objetos tintas suaves de color de rosa. Tal fué la procesión de la ostentosísima boda desde la casa á la iglesia, realizada hasta en sus menores particularidades con arreglo á las instrucciones, á las costumbres, á todas las ceremonias que exigen los códigos y los usos de la antigua Florencia. Y así llegaron á entrar en la iglesia ocupada por todo cuanto de más noble, á causa de los Montapertos, y de más rico, á causa de los Buttis, contenía la bellísima ciudad y sus poblados alrededores.

De todo habrá podido formarse idea el que leyere, mas no de lo que so-

bre todo se elevaba, de dos sentimientos contrarios, de la alegría de Guido y de la tristeza de Lucrecia. Para aquel nada importaba la resistencia de la jóven, nada sus desdenes, nada la manifestación continua de que cedía á la fuerza; bastábale saber como iba á ser suya por las leyes y ante la sociedad; bastábale decir al mundo entero como la más bella jóven Florentina le pertenecía en cuerpo y alma, bastábale esta satisfacción aparente, proponiéndose obligarla con sus rendidos servicios, al amor, como la obligara por su tenacísima voluntad al casamiento; que la victoria acaba por ser siempre del porfiado y perseverante. En cambio Lucrecia iba á la iglesia como pudiera ir al patíbulo. Rica y hermosamente ataviada, sus atavíos le parecían los ornamentos con que suele adornarse á las vírgenes muertas. Y en efecto, prefiriera al tálamo nupcial que le preparaban, una humilde mortaja. Por eso, al salir del hogar, lanzó un mal reprimido sollozo, como si saliera para la eternidad, y al encontrar el obstáculo de rúbrica formado por la juventud florentina, deseó que resultara insuperable, no fingido; y al escuchar el clamoreo de las muchedumbres y los clarines de la Señoría, creyó oír la ruina del juicio universal; y luego que hubo entrado en la iglesia, buscó de la misma suerte que el ave enjaulada la manera de recobrar su libertad, y se decidió á todo menos á la muerte, pues deseaba guardar la vida para conocer al misterioso aparecido, á quien consagraba en lo más íntimo y recóndito de su pecho inexplicable pero profundo amor, primero y último de su breve y tormentosa existencia.

Por fin, los novios se acercaron al ara santa, se pusieron de rodillas sobre cogines de raso blanco, se entregaron las manos en señal de su enlace, y se inclinaron para recibir sobre sus cabezas el velo bendito. Un coro dulcísimo y una música suave acompañaban la imponente ceremonia, cuando de súbito y al toque de argentina campanilla reinó el más profundo silencio. Todos callaban, reprimían la respiración para atender á aquel solemne momento en que iban á darse los novios el sí anhelado y á unirse en lazo indisoluble ante el cielo y la tierra, ante Dios y los hombres. El oficiante se volvió en el momento prescrito por los cánones á Guido y le dijo:

—Guido de Montaperto ¿quereis por esposa á Lucrecia Butti?

—Sí.

Dijo firmemente el novio.

—Lucrecia Butti, añadió el sacerdote, volviéndose á la novia, ¿quereis por esposo á Guido de Montaperto?

—No, mil veces no.

Contestó Lucrecia.

Imposible describir el efecto de esta contestación dada inesperadamente en tan solemne y decisivo trance. La primera emoción fué de asombro, expresada por rumores, cuyo tono equivalía á verdadera revelación; asombro naturalísimo al extraño suceso de semejante espera hasta última hora

para decir propósito, sin duda alguna concebido desde el principio de aquellas relaciones y tomado en el momento en que pudiera suscitar mayor escándalo. Y no comprendían que la pobre Lucrecia, forzada por mandatos incontrastables de su padre, á un casamiento en el cual ninguna parte tomaba su voluntad, defendíase contra la fuerza, ayudándose de los circunstancias, auxiliares involuntarios de deliberada firmeza mas fácil en público que cara á cara con su señor, y en los secretos senos de un hogar. En seguida todo el mundo se olvidó del sitio sacratísimo en que estaba para fijarse solamente en la escena de que era improvisado actor. Hasta los mas devotos, hasta aquellos acostumbrados á entrar en el templo casi de rodillas y llenarlo con sus inacabables oraciones, cesaron en el rezo, y se pusieron de pié como si hubiera caído un rayo. Los mas vecinos y cercanos, preguntábanse entre sí mutuamente lo mismo que acababan de oír, no creyendo á sus propios oídos. El sacerdote, suspenso, incierto, sin acertar con ninguna resolución para aquel caso previsto por los cánones, pero rara vez acaecido en la realidad, abría los ojos y miraba con la extraña fijeza de uno de los santos elevados en los próximos altares. Lucrecia, al pronto, se asustó de sí misma, y se cubrió el rostro con las manos. Pero rechaza luego con el ímpetu que en los lances supremos toma la voluntad de los débiles, cruzóse de brazos, irguióse de frente y desafió los rumores del cortejo escandalizado y las iras de su padre y su esposo contrariados igualmente con aquel no temido escándalo. Montaperto se alejó de la que iba á ser su mujer y se lanzó en los brazos de un pariente para ocultar en el amigo pecho su rostro surcado por lágrimas irreprimibles, aunque impropias de su entereza, que acababa de quebrantarse, al sentir como se iba aquella felicidad tantas veces soñada por su inquieto deseo y querida por su inmenso corazón. Quien perdió toda la luz de sus ojos, toda la serenidad de su actitud, todo el respeto debido al sacratísimo lugar, todo el imperio antiguo sobre su voluntad y su razón fué el caballero Butti, que sacó su artístico puñal de la áurea vaina y se lanzó sobre su hija para rematarla allí mismo en aras de su venganza, súbito propósito que realizara, á no interponerse un grupo de caballeros y no abrazarse á sus piés la buena Brígida, desolada y suplicante, los cuales dieron tiempo á la reflexion y quitaron su primero y mas irreflexivo empuje á la cólera.

—¿Qué has dicho, hija mia?

Preguntó el sacerdote, única voz que pudo dominar el tumulto, y que se impuso, gracias á los primeros en oírlo y en transmitir el orden y silencio hasta los mas lejanos, hasta el pueblo amontonado á las puertas, y movido por el suceso, cuya gravedad adivinaba por instinto sin saberla á ciencia cierta. Por fin, sobreponiéndose la curiosidad al asombro, callaron todos y oyeron con atencion y con reposo el diálogo que sucedía á la tremenda escena.

—¿Qué has dicho, hija mia?

—He dicho lo que debia decir. Vuestra paternidad me ha preguntado y yo he respondido. Vuestra paternidad me ha dicho si quería á Guido Montaperto por esposo, y como no lo quiero, Señor, he dicho tranquilamente que no lo quería. Lucrecia se quedó muy serena despues de esta respuesta verdaderamente incontestable á la luz del día y al sentido comun. Pero como no hay ningun linaje de observaciones á que no pueda otro linaje de observaciones oponerse, el sacerdote, como para expresar la emocion general, mas frio que el resto de la concurrencia, mas señoreado de sí mismo, dijo cuanto vagaba en el sentido de todos y reconvino á la resuelta jóven con la única reconvencion posible en aquellos críticos momentos.

—Habeis hecho bien, si tal era vuestro ánimo, porque, al preguntaros la iglesia, os pregunta para que contesteis la verdad entera, tal como la sentís en vuestro pecho y en vuestra conciencia. Pero habeis hecho mal, muy mal, hija mia, aguardando á esta hora suprema para decir esa resolucion extraña. Vuestro matrimonio ha tenido las ceremonias de rúbrica anteriores á este instante. Al enviar vuestros nombres á los oficios de la Señoría, pudisteis protestar con mejor acuerdo y mas oportunidad. Al recibir por vez primera el anillo, en aquella ocasion solemne, ante los guardadores de la fé comun, pudisteis expresar vuestra voluntad y decidir vuestro acuerdo. Al salir para la iglesia misma. Pero aquí, al pié del altar, en la misa misma, ante el sacerdote, ante el pueblo florentino, decir tal resolucion equivale á un escándalo dado sin necesidad y reprobable por el juicio de Dios y por el juicio de los hombres.

A esta severa reprension dada ante el innumerable público que llenaba la iglesia, retorciase la jóven como si encima le echaran plomo derretido, más, sin retroceder ni por un minuto, aunque sucedía en ella á los sacudimientos cuasi epilécticos del dolor, calma aterradora como el sueño profundo de la muerte.

—Reconvenidme cuanto queráis, Señor, reconvenidme en buenhora. Vuestras reconvenciones, por amargas, no quitan fuerza alguna al fundamento que tuve para tomar una resolucion extrema, á la cual violentamente me obligaron. ¿Qué quiere decir todo cuanto oponéis á mi respuesta? Quiere decir que tuve fuerzas para engañar á los hombres y no las he tenido para engañar á Dios. Ante los magistrados que solo veían la exterior revelacion de mi pensamiento, que escuchaban y se atenían á mi palabra, incapacitados como todos los míseros mortales de llegar hasta los internos móviles de nuestras acciones, pude mentir y mentí; pero en la iglesia, al pié del altar, despues de haber oído divinas palabras, ante Dios que escudriña los recónditos senos, así de nuestro corazón, como de nuestra conciencia, y sabe cuanto nos sucede en lo mas íntimo del ser, no tuve fuerzas para dar un sí que rayaba en verdadera blasfemia. Habré pecado á los ojos del mundo, pero

yo os pido, padre mio, que me absolvais por no haber querido pecar á los ojos de Dios.

El sacerdote no sabia que contestar á esta incontestable reflexion. El novio burlado levantaba la cabeza para oír aquellas palabras y volvía á dejarla caer, persuadido de la resolucion irrevocable de su amada y de la realidad ineludible de su desgracia. El padre rugia, como si ninguna reflexion pudiera penetrar en aquella alma, acostumbrada de antiguo á ejercer sobre cuantos le rodeaban, y con especialidad sobre su hija, imperio absoluto. La multitud, mas generosa, ó menos interesada, exenta de las pasiones removidas en el ánimo de los actores principales de esta tragedia; poníase como el coro antiguo, de parte de la mas desgraciada ó de la mas débil. Y en realidad, no podia aquel espectáculo prolongarse, porque se faltaba en él á todos los respetos humanos, y se convertia la casa de Dios en verdadero teatro, donde sucedian trágicas peripecias, bien ajenas á la religion y á sus ceremonias.

—Puesto que no hay reflexion bastante á persuadirlos, dijo el sacerdote tras largos momentos de reflexivo silencio, haced en buenhora lo que os pida el gusto; pero cesemos en esta inútil é interrumpida ceremonia.

—Venid conmigo, volvamos á casa.

Exclamó Butti mirando á su hija, como el tigré á su presa.

Un rumor sordo corrió por toda la iglesia, una especie de protesta contra la natural, pero terrible exigencia del padre, cuya voluntad férrea, despues de haber arrastrado casi por fuerza á la pobre Lucrecia al pié de los altares, iba á tomar en ella sin duda alguna la cruenta venganza revelada por el brillo siniestro de aquel puñal, esgrimido con tal fuerza en el instante mismo de conocer una negativa á sus mandatos, extraña sí, pero impuesta por sentimientos del corazon y por escrúpulos de la conciencia completamente respetables. Lucrecia, desde los días terribles en que la asediaron hasta no dejarla respirar, resuelta por una tan grave negativa, cuya solemnidad la hiciese irrevocable, meditólo todo con verdadera madurez y resolvió no volver á la casa de su padre, donde la atormentarian con nuevos tormentos hasta arrastrarla á la boda ó á la muerte. Y conociendo el inmenso poder que tienen las muchedumbres hasta en los ánimos mas enteros, y como llevaba la mejor parte en esta contienda, dijo:

—La iglesia no niega su asilo ni al criminal mas empedernido. Si un paricida pasara por esas puertas para ir al patíbulo, y se desasiera de sus verdugos y de sus sayones, con solo llegar donde yo estoy, quedaria consagrado por la inviolabilidad de este religioso recinto. Yo me hallo aquí; pues me quedo, pidiéndoos un asilo, que no podeis negarme, contra la cólera de mi padre. Y os pido mas, os pido que de aquí me saqueis y me conduzcáis á las monjas de Santa Margarita de Prato, donde elegiré, despues de haber despreciado las glorias, la nobleza, el poder, la fortuna en este mundo, elegiré para la felicidad en el otro, por único esposo á Jesucristo.

—¡Monja!

Dijo Butti asombrado.....

—Monja.

Respondió Lucrecia firmemente.

—No puedo menos de acceder á su ruego y llevarla á un convento, acogida al regazo de la iglesia y resuelta al matrimonio con Cristo.

Observó el sacerdote.

—¡Qué monja! exclamó Brígida. Para todo sirve menos para esposa del Señor.

—¿Monja?

Le preguntó Guido mirándola con ojos á través de cuya rojiza irritacion reverberaba el amor.

—Despues de cuanto ha sucedido, solo me queda la soledad del claustro. Al ataviarme de esta suerte, al vestirme con las preseas de esta boda, sabia yo que para la sepultura me ataviaba. Ya estoy en mi mortaja. Quien ha sufrido como yo he sufrido; quien ha pasado por donde yo he pasado; quien ha resuelto lo que yo he resuelto, no puede vivir ya en el mundo, sin esponerse á las acerbos críticas de las gentes y á ser con el dedo señalada por todos. Me voy pues, de la tierra, como si en alas de los ángeles me fuera á la eternidad, contenta con mi suerte que me parecia muy negra en el seno de un matrimonio contrario á mi voluntad, y satisfecha sobre todo de la fuerza que he tenido y de la sumision con que he sabido someterme á la voz de mi conciencia. Ahora, Guido, oidme, si, oidme por la última vez. Si yo hubiera podido amar á algun hombre, os amara á vos. La estimacion, la amistad de Lucrecia son vuestras; el amor no, que exige una intensidad superior y una vocacion clarísima. De consiguiente, perdonad el bochorno público, que he querido evitar á toda costa y que ha sucitado vuestra tenacidad en arrastrarme hasta el pié de los altares, donde, al proferir juramento que ligara mi vida con vuestra vida, fuera criminal ante mi conciencia y ante Dios perjura. En el convento me acordaré siempre de vos para rogar al cielo de hinojos cuanto yo os deseo: una felicidad sin límites, una esposa amante, una generacion digna del nombre y de la gentileza de su padre.

—No pidais Lucrecia, respondió Guido en voz baja, auxiliado por el estruendo que metia toda la gente para salir de la iglesia á la calle y ver la prometida de Montaperto, transformada en prometida de Cristo, no pidais á Dios imposibles. Para mí no puede haber ya felicidad en el mundo. La mayor con que soñara me ha sido arrebatada por vuestra última palabra. Yo jamás encontraré mujer á quien amar, porque ninguna podria tener cabida en el espacio ocupado por vuestra imágen y por vuestra memoria. Yo, por consiguiente, no fundaré ninguna generacion, yéndome al solitario asilo de mi castillo á perseguir á los lobos, cuando no tenga que perseguir á los

enemigos, perdiéndome en los empeños y trabajos de una cacería sin fin, ora sea de fieras, ora sea de hombres. Pero, en esta angustia, si algun lenitivo puede endulzar mi pena, solamente lo hallo donde está la fuente de mi dolor, en vos, que al decidir no ser mia habeis decidido ser de Cristo. Id pues al convento, postraos ante las aras, rogad noche y día por nosotros, departid con Dios; lo sentiré por mi soledad, mas os prefiero monja; en el monasterio mas apartado de mi castillo, á esposa de otro hombre. Si alguna vez desistierais de ese vuestro empeño, si antes de terminarse el noviciado á que vais á someteros, amarais á otro hombre, temblad por él y temblad por vos misma. Todas las víboras de los Apeninos juntas no tendrían tanto veneno en sus glándulas como yo en mi alma; todos los leones del Asia y Africa no tendrían tanta rabia en sus fauces como yo en mi pecho; todas las águilas de las abruptas crestas no aflarían tanto sus garras como yo mis armas; envenenaría el aire que respirarais; incendiaría desde los árboles hasta los monumentos, testigos de vuestra ventura; os abriría con mi cuchillo las entrañas para dárselas á los perros; buscaría, destrozando las costillas con mi guantelete de acero y con mi maza de guerra en el pecho de vuestro amante, el corazón chorreando sangre, para comérmelo á bocados con la furia del tigre ó de la hiena.

Lucrecia no pudo menos de estremecerse á estas palabras recordando á su adorado y desaparecido fantasma; pero, como lo único que la embargaba, era la necesidad de romper la boda, aveníase á todo, con tal de salir pronto y bien de aquellos terribles trances. Luego la contingencia de un nuevo amor estaba tan lejos, que no podía realmente inquietarse por tamañas amenazas, inaplicables en aquel momento y nacidas de un fundado despecho. Por fin, el clero deliberó sobre lo que debía de hacer en aquel extraño caso, decidiendo dejarla en convento de monjas cercano, para conducirla el siguiente día al refugio por ella misma elegido, al convento de santa Margarita de Prato, separado unas cuatro leguas de Florencia. Butti, para preservarse de un nuevo atentado á la vida de su hija, tuvo que irse, apoyado en Brígida al interior de su casa, donde en maldiciones y propósitos de ruidosa venganza desahogó la cólera de su pecho partido en mil pedazos al sentimiento de perder el parentesco, tan grato á un comerciante, con la mas noble y mas rica familia de Toscana.

Mientras tanto ¿qué pasaba por Filippo Lippi? La tempestad, que puede imaginarse. Á su temperamento nervioso, á su fantasía de artista, á su inteligencia apta solo para distinguir las formas y los colores, á su exaltado corazón de sentimientos ardentísimos henchido, repugnaba tanto la vida del claustro que, resuelto ya á abrazarla, forcejeaba por contrastar su resolución, como esos suicidas temerosos é inciertos, los cuales se dan miles de trazas para que otros lo sepan ántes de realizarlo y eviten su desvariadísimo atentado. No debe olvidarse que Filippo, tan contrario al convento, a cuyo

seno le impeliera la miseria solamente, quiso pasar de novicio á profeso, cuando se persuadió de que aparecía inevitable el matrimonio de Lucrecia. Entónces, en raptó de despecho, llegóse al Prior y le comunicó su propósito. Profesaba por desesperacion, como pudiera ahorcarse. Pero la naturaleza humana tiene apego tal á la esperanza, que no cree muchas veces las desgracias mas reales y mas irremediabiles. Así Filippo, valiéndose de Fra Alberto y de Fra Paolo, grandes conocedores de la ciudad, apesar de hallarse enterrados vivos en el monasterio, conoció dia por dia de las incidencias del matrimonio, pasto general de la conversacion florentina durante dos semanas. Habia púesto la ceremonia de su profesion á la hora misma en que Lucrecia celebraba la ceremonia de su boda. Ya que ella entraba en la sociedad, debía entrar él en la penitencia; ya que ella en rico matrimonio, él en solitario claustro; ya que ella en la soberanía de un castillo por eleccion de esposo, él en la tristeza de una sepultura como verdadero suicida.

Y el claustro no se habia fundado para su temperamento. Hombres de sus pasiones deben vivir por fuerza en los combates del mundo. Toda su contextura física y moral pugnaba con el medio en que la fatalidad y solamente la fatalidad lo sumergiera. Necesítase para el claustro un gran menosprecio del mundo, y Filippo lo amaba como el teatro de sus glorias, como la arena de sus combates, como el pedestal de su figura; necesitase un misticismo en cuyos celajes matizados de ideas irrealizables la vida tome la forma indecisa de una nube de incienso y se disipe como un sueño en los espacios del cielo, y Filippo gustaba de la realidad y de la naturaleza; necesitase un cristianismo extático, en que el alma solamente vea las cosas celestes, los arquetipos perdidos en el seno de Dios, como las conchas en el mar, y como los mundos en el firmamento, y Filippo con sus ojos dispuestos para recibir los colores y trazar las líneas era realmente un artista pagano; necesitase la abnegacion y el sacrificio de todas las pasiones, la renuncia á todos los placeres, y Filippo se sumergía en la voluptuosidad propia de sus sentidos, como una de aquellas bacantes ébrias que rebotaban de todo su cuerpo el exceso del sentimiento de la vida. Poned á Alenjandro de esclavo, en vez de ponerlo en el trono; atad á César al carro de los vencidos, en vez de ceñirle los laureles del vencedor; disponed que Platon mande una legión de soldados, no un coro de filósofos; seguid que Lope estudie el cálculo infinitesimal, en vez de estudiar el teatro; y vereis como contrariáis todas las aptitudes de estos hombres tan extraordinarios y tan gloriosos. Pues de igual suerte se contrariaba Filippo en los senos tristísimos de un claustro ¡él! que naciera para ejercer otras vocaciones. Una conversion voluntaria, aconsejada por la voz de la propia conciencia, movida por los sentimientos del propio corazón, realizada por los impulsos de la propia voluntad, hubiérale salvado como á San Francisco de Asis; pero una conversion fingida, de los labios y no del interior, impuesta por circunstancias incontrastables,